

**5º FORO DE INVESTIGACIÓN EN COMUNICACIÓN
LA COMUNICACIÓN: NUEVOS DISCURSOS Y PERSPECTIVAS
Norberto Mínguez Arranz y Nuria Villagra García (Editores)**

La retransmisión televisiva de la guerra: Irak, ayer y hoy

Autor: Francisco Perales Bazo, Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.

Correo electrónico: fperales@us.es

La guerra del Golfo Pérsico ha sido algo más que un acontecimiento bélico, la presencia de los medios informativos ha conseguido convertirla en un referente internacional en lo que respecta al avance de las comunicaciones. Son más de diez años los que han transcurrido entre la primera y la segunda entrega de una guerra que ha sido seguida en directo por las televisiones de todo el mundo, y la comparación que pudiéramos hacer entre los dos conflictos desvela este progreso en sí mismo, así como sus repercusiones más directas. De entrada, podemos concretar los avances en dos frentes: por un lado, la infraestructura humana así como la técnica utilizada: es decir, el nivel de producción de las diferentes cadenas televisivas que han intervenido y que han hecho posible llevar a cabo este seguimiento en su práctica totalidad desde el inicio del enfrentamiento; por otro lado, el campo de la tecnología: pero más que referirnos a una evolución de los instrumentos captadores de imágenes, entiéndase cámaras, objetivos y su respuesta de sensibilidad ante la luz, debemos centrarnos en los niveles tecnológicos que encontramos en la telefonía móvil y en los ordenadores portátiles, instrumentos que hicieron posible un contacto permanente con los centros de producción, así como con los bandos aliados. Tampoco debemos olvidar la red de satélites que han permitido un control absoluto de la señal electromagnética para que ésta pueda llegar a los hogares de todo el mundo.

Cuando desaparece la batalla entre la política capitalista y la comunista es cuando nace el enfrentamiento entre USA y los países árabes. La lucha deja de ser ideológica, ya no es el triunfo de un orden mundial sobre otro, como había sido entendido durante la guerra fría, sino que la crisis se centra ahora en la supremacía de una cultura, de una raza y de una ideología (moral o religiosa) sobre otra.

Doce años separan los enfrentamientos producidos entre Iraq y EEUU, y nada ha cambiado en ese tiempo, el petróleo sigue gobernando el mundo y el presidente de los Estados Unidos vuelve a llamarse George Bush. Los norteamericanos, tan aficionados a las segundas partes, invaden por segunda vez Iraq, aunque esta vez las razones alegadas no convencen a nadie y, por supuesto, no consiguen el apoyo de las Naciones Unidas ni son capaces de lograr un consenso en la política ofensiva del gobierno de la Casa Blanca. En cualquier caso, los aliados, tanto de la primera como de la segunda contienda, así como el bando iraquí, fueron conscientes en todo momento del poder ejercido por la televisión. Las retransmisiones de la guerra han suscitado un hecho televisivo que no había ocurrido anteriormente: la instantaneidad de la noticia. El medio conseguía así imponer su esencia, el directo audiovisual como herramienta irremplazable e incomparable a otros Medios de Comunicación. El realismo de sus imágenes se convierte fácilmente en una prueba de credibilidad absoluta.

La importancia del control televisivo se convierte así en una pugna añadida para ganar cada batalla y conseguir una victoria final. Es por ello que existe un intento ficcional de dramatizar y establecer lazos argumentales entre los hechos bélicos y políticos que se suceden día a día. La temporalidad es un hecho inevitable, tal como ocurre en las novelas, telefilms seriados y programas del corazón; existe una intención implícita de entregas por capítulos fácilmente detectable. La dosificación constituye una de las herramientas clave para esclavizar al telespectador frente al aparato receptor y ser susceptible de manipulación por el bombardeo de mensajes que le llegan.

Lo más importante es definir a los personajes, ubicarlos y dotarlos de unos rasgos físicos y psíquicos que permitan establecer el perfil idóneo que contribuya a posicionar la opinión pública. Como en todo guión hollywoodiense, hubo que localizar y elegir al protagonista, antagonista, personajes secundarios y la figuración; ellos serían los que dieran vida a una tragedia que sería emitida por televisión a modo de espectáculo.

La primera guerra del Golfo se construyó sobre la figura de Sadam como la de un villano; los kwaitíes constituían la víctima, y Bush fue el héroe que irrumpía en un conflicto para rescatar al oprimido de las garras del agresor. En el año 2003, el asunto fue más complejo; los roles no estaban tan definidos ni perfilados, y la interpretación de los hechos era mucho más sutil, ambigua y discutible. Para empezar, nos podríamos plantear la duda acerca de la función que cumple en esta ocasión la figura de Sadam Husein y en formular la pregunta ¿Villano o víctima? Por supuesto que la intención de Bush junior era la de retomar la imagen que su padre se había encargado de difundir años atrás, la de un villano a la antigua usanza, tal como establecen los cánones del cine clásico; la de un ser cruel carente de rasgos que lo pudieran humanizar. Sólo de este modo, se erigiría él, al igual que antes lo hiciera Bush senior, en el nuevo héroe. El cambio absoluto radicaba en la víctima. Era obvio que ya no podían ser los kwaitíes, ni los Estados Unidos, como ocurrió en la invasión de Afganistán, apenas doce meses atrás; el oprimido, en esta ocasión, sería el pueblo iraquí. La opinión pública lo

sabía y el gobierno norteamericano debía darle razones y fundamentos de peso para dar la vuelta a los acontecimientos y establecer nuevos argumentos. Los iraquíes estaban sometidos por un dictador, y era necesario proceder a su liberación; los civiles, hombres, mujeres y niños que vivían entre el Tigris y el Éufrates, eran víctimas del tirano y no de las bombas que iban a caer sobre su territorio. Implícitamente habría creado otra víctima, el pueblo norteamericano y todo el territorio de occidente, al extender la sombra de un armamento bélico extremadamente sofisticado y peligroso en el poder de un dirigente carente de todo indicio de escrúpulos.

Para poder combatir esta agresión, Husein recurre a su cultura más primigenia, al antiguo testamento y obtener así el apoyo incondicional de su pueblo, erigiéndose en el nuevo David que lucha contra el imperialista Goliat. Pero el asunto no se detiene aquí, sino que se convierte, igualmente, en una figura mesiánica que viene a defender los valores e intereses palestinos frente a sus eternos enemigos: los judíos. Es un elegido, otro profeta, el nuevo Mahoma. Sadam acude a los valores más ancestrales de su pueblo, la fe y a Alá como el ser más poderoso, su gran aliado para combatir a la primera potencia mundial y así legitimar su posición y actitud en una guerra que sabía iba a perder. Tanto en el primer como en el segundo enfrentamiento, los rehenes fueron los actores secundarios, los ejércitos, la figuración y los cadáveres, las grandes ausencias.

Con estos elementos como pilares, se construyó un espectáculo ficcional que jornada a jornada, se iba desarrollando ante las cámaras. La evolución de la guerra fue vista en directo, prácticamente, en todo el mundo; en nuestro país, pudo seguirse por todas las cadenas, tanto nacionales como locales y de esta manera nos hemos convertidos en testigos que, desde nuestra butaca, asistíamos al horror de unos acontecimientos que desgraciadamente no eran la primera vez que sucedían.

Pero como en todo buen guión que se precie, el final tenía que concluir con un intenso clímax que perdurase en la retina de los telespectadores. La entrada del ejército norteamericano apenas encuentra resistencia en las ciudades iraquíes. Las imágenes de los soldados entrando en los edificios oficiales de Bagdad así como irrumpiendo en los propios hogares de los ciudadanos han sido retransmitidos a todo el mundo en el mismo instante en el que sucedían los hechos y confirmaban visualmente el triunfo de Estados Unidos frente a Iraq; la aparición triunfal del ejército norteamericano en la ciudad de las *Mil y una noches*, nos recuerda al séptimo de caballería que aparece en escena en cualquiera de las muchas películas filmadas por John Ford; larga secuencia climática que no iba a quedar ahí, la retransmisión concluiría centrándose en la humillación del villano a través de su derrocamiento mediante una metáfora visual obvia: el desmoronamiento de su imagen al derribar la estatua de Sadam colocada en el centro de una de las principales plazas de Bagdad. Como el profesor Huici señala (Pérez Royo, J. y otros, 1991), la verticalidad dio paso a la horizontalidad, posición más próxima a la del antihéroe vencido, y no a la del poderoso que pocos días antes había sido.

La retransmisión fue exhaustiva, mostrada en directo a todo el mundo, sin interrupciones de ningún tipo, con una precisión que parecía más bien la puesta en escena de una película de ficción que una realidad captada por las modernas cámaras digitales. La entrada del ejército norteamericano en Bagdad fue gloriosa, indiscutiblemente apoteósica, con la única ausencia de la heroína mezclada entre la multitud en busca del soldado que regresa de una peligrosa misión; es indiscutible que percibimos un triunfo absoluto del ejército yankee que culmina con la participación del pueblo iraquí, eufórico, mientras acompaña y vitorea a las tropas invasoras al mismo tiempo que destruyen todo vestigio del régimen vencido.

Si analizamos esta guerra narrativamente, podemos encontrar un detonante que no es otro que la invasión de Kuwait por parte del ejército de Sadam Husein; posteriormente, y tras las posiciones internacionales y establecerse los dos bloques del enfrentamiento, se produce el primer giro argumental con la intervención de los Estados Unidos; el siguiente bloque está compuesto por las consecuencias de esta invasión así como de la aparente calma en la que Israel se erige en protagonista frente a los árabes; el segundo giro es un golpe de efecto inesperado y profundamente dramático: el atentado de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, excusa que el gobierno de Bush necesitaba para iniciar una nueva ofensiva sobre Oriente Medio y precipitar la historia hacia un clímax que se concretiza en la segunda invasión de los Estados Unidos a Iraq, esta vez con la intención de acabar para siempre con el régimen de su líder iraquí. Aún nos queda por conocer la resolución final que todo film clásico posee, y esperemos que este breve análisis estructural no tengamos que modificarlo por la aparición de otros acontecimientos violentos que enriquezcan aún más la situación de paz mundial.

Pero detengámonos en las retransmisiones en sí mismas y analicemos las similitudes y diferencias entre la primera y la segunda contienda; los avances tecnológicos que se han producido durante estos doce años han incidido notablemente para cubrir la información de un modo mucho más exhaustivo. Como ya hemos señalado, la utilización de la telefonía móvil ha sido el hecho que más ha contribuido a mantener el vínculo entre los reporteros, cámaras y periodistas con los centros de producción. La telefonía ha sido un instrumento clave en esta guerra, se ha convertido en el elemento liberalizador que ha hecho posible salir de sus guaridas a los equipos, enrolarse con los ejércitos y estar más próximos del campo de batalla. De la primera de las dos contiendas, tenemos que resaltar el control absoluto de la información por parte de la CNN. La cadena norteamericana era la única que suministraba las imágenes del conflicto a, prácticamente, todas las emisoras del planeta. Por su parte, Al-Yazira emitía de un modo restringido a los territorios árabes; su cobertura no permitía que las ondas hertzianas se propagasen más allá de Oriente Medio; no había *Transponer*, es decir, capacidad para controlar y poder emitir, como hacía su contrincante, CNN.

Fue la cadena norteamericana la que poseía el monopolio de la información y de unas imágenes que iba a utilizar con tres propósitos muy específicos: Informar y mostrar los hechos; utilizar el material como estrategia bélica; manipular la Opinión Pública.

A) Informar y mostrar los hechos: En el primer apartado, tres son los modelos escénicos sobre los que descansaban las emisiones de los acontecimientos bélicos:

1º Retransmisiones en directo que mostraban los bombardeos a la capital iraquí. Las luminosas cámaras convencionales y las de visión nocturna, hicieron posible que los telespectadores de todo el mundo presenciaran las detonaciones sobre el suelo de la antigua Persia, así como las ráfagas de batería antiaérea que iluminaban junto a las explosiones el

oscuro cielo. Son imágenes que de nuevo nos remiten al cine, el gran plano general de la capital recuerda a los bombardeos de napal sobre los campos de Vietnam en *Apocalipsis Now*. La planificación descansaba sobre tres cámaras fijas con leves movimientos panorámicos para recomponer nuevos encuadres con objeto de mostrar los impactos con mayor precisión, así como con algún que otro *zoom* para resaltar elementos aislados del escenario. Una voz en off apoyaba el contenido visual y se convertía también en el eslabón de las conexiones sonoras con los sucesos que los objetivos no podían captar.

2º El segundo de los modelos escénicos hace referencia a las conexiones vía satélite con otros centros emisores. Así, Euronews aderezaba sus retransmisiones en directo con otras procedentes del pentágono donde comparecía el Secretario de Prensa, Donal Rumsfeld y el General Richard B. Myers en los *Briefings*, es decir ruedas de prensa, para informar de los avances producidos por las tropas aliadas. Otras conexiones en directo, como aquéllas sobre civiles iraquíes que incendian los matorrales a orillas del río Tigris donde supuestamente se encontraban escondidos dos pilotos norteamericanos, completan este ciclo.

3º Y por último, las imágenes diferidas que fueron utilizadas como ostentación de la superioridad del ejército invasor sobre su enemigo rival. Gran bombardeo, y valga la redundancia, de imágenes en este tercer bloque en el que se mostraba a los batallones norteamericanos y los gráficos del mapa de Iraq en el que se especificaban las posiciones de ambos ejércitos.

B) Como estrategia bélica: Al-Yazzira se esforzó en infundir fortaleza y seguridad a un pueblo árabe que necesitaba creer en sí mismo para poder hacer frente a la primera potencia mundial. Imágenes de miles de ciudadanos gritando con los puños en alto serían las que mostrarían los indiscutibles gestos beligerantes que reforzaban su convicción, intentando amedrentar, de este modo, al ejército más sofisticado del mundo. Por su parte, la potencia norteamericana se preocupó en difundir su superioridad en todos los frentes, haciendo gala de sus impresionantes bombarderos B-52, maniobrando o recargando los misiles que poco después arrojarían sobre territorio enemigo; los reportajes basados en la sincronización y operatividad de su ejército, así como su artillería con los carros de combate y sus soldados desplazándose por el desierto acompañado de su avanzado equipamiento bélico, fueron algunas de las imágenes más utilizadas por la CNN.

La sensación de control de los EE.UU. fue constante al mostrar el equilibrio y serenidad entre sus soldados. Como contraste, las imágenes caóticas del pueblo iraquí por las calles de Bagdad: Las cámaras apuntaron a la población más vieja, a los débiles y enfermizos, ellos fueron los elegidos, contrastando así con la selección del personal norteamericano: joven, fuerte y lozano.

C) Manipular la Opinión Pública. El conflicto estuvo contado desde el lado del vencedor, y la manipulación a la que sometieron las noticias siempre fue a favor de ellos. Existe un contraste visual entre las imágenes de uno y otro bando, como acabamos de señalar; se mostraron situaciones caóticas de los recientes bombardeos sufridos en Bagdad, gestos agresivos de civiles y niños que empuñaban armamentos; en cambio, del ejército norteamericano se difundía imágenes radicalmente opuestas que reforzaban aún más el contraste. Los partidarios de Sadam fueron mostrados como seres primitivos y violentos, frente a los soldados norteamericanos y a la población judía como seres civilizados, individuos solícitos, simpáticos y pacíficos. Además, las imágenes de Sadam trataban de transmitir la desconfianza y el temor propios del villano, subrayado por el semblante hostil y altivo del dictador implacable y carente del más mínimo sesgo de sonrisa.

Es la televisión de Al-Yazzira la que trata de contrarrestar el efecto difundido por la CNN sobre la figura del gobernante. La información de esta cadena difunde un aspecto de Sadam Husein más amable y humano, con imágenes en las que se le puede ver al lado de los niños o sonriendo al desvalido.

En el conflicto de 2003, Al-Yazzira también recurrió a la información para manipular la opinión pública mundial, mostrando los rostros de aquellos que reflejaban a los más desvalidos, niños y ancianos con miembros amputados, cadáveres destrozados y el llanto desgarrador de padres y madres. Las tropas de Sadam desfilando y la población civil apoyando a su máximo dirigente, eran otros de los componentes visuales que más contribuyeron a difundir el falso potencial del ejército iraquí. Pero el gran protagonista siempre fue el dictador, el villano según los aliados, el salvador según sus incondicionales seguidores; su presencia no se desvaneció hasta el final, las apariciones enlatadas, puntuales y periódicamente calculadas, consolidaron el mito; la especulación surgida en los últimos días de la segunda crisis sobre su existencia, hicieron de él un dios invencible, y la televisión fue la máxima responsable. Mensajes subliminales contradictorios los que uno y otro bando solían transmitir a la opinión pública internacional. Mientras que los iraquíes insistían en resaltar los acontecimientos bélicos más reprochables e inmorales del ejército de los Estados Unidos, como fue el caso de la destrucción de una fábrica de leche para bebés, en la primera guerra, o el del bombardeo de una plaza de abastos en el centro de Bagdad en el 2003; la información de los aliados trataba de paliar estos hechos con imágenes de los gobernantes enemigos que contrarrestaban las posibles simpatías surgidas de los telespectadores hacia el pueblo iraquí.

Son muchas las similitudes entre ambos conflictos, todo lo que sucede en los enfrentamientos de 2003 vienen a reafirmar que estamos ante una segunda parte en la que los norteamericanos pretenden completar un ciclo que no pudieron cerrar en 1991. George Bush junior se convierte en heredero de su padre y completa la obra iniciada por él. Pero del mismo modo que existe un parecido asombroso entre ambos conflictos, también encontramos grandes diferencias. Sobre todo, me gustaría resaltar la pluralidad de la información. La exclusividad de la CNN desapareció en esta segunda etapa para dar entrada a un conjunto de periodistas y reporteros de diferentes tendencias políticas. Aún así, el control de la información no llegó a desaparecer.

Tres fueron los frentes censores que tuvieron que atravesar las imágenes antes de ser emitidas: primero, el control ejercido sobre la producción. Cuando los reporteros y operadores aterrizaban en suelo iraquí, les eran requisados el material de trabajo, incluidas las cámaras. Para recuperar el material y proceder a la grabación, tenían que pagar un canon de, aproximadamente, mil euros por día; segundo, la dificultad de acceder a las zonas calientes del conflicto. Este acceso estaba restringido por varias causas, a veces arbitrarias; pero sin duda alguna el mayor hándicap, su mayor limitación, fue el idioma árabe que impedía una comunicación recíproca; y por último, la censura antes del enlace. Aunque los oficiales encargados de revisar y controlar la información eran universitarios cualificados, no fueron lo suficientemente rigurosos y dejaron escapar un gran número de noticias e imágenes comprometidas. Por su parte, los reporteros, muy astu-

tos por cierto, utilizaron las barras de sincronismo para ubicar los comentarios en *off* que podían comprometer el material obtenido para ser requisado.

El considerable abaratamiento de los enlaces vía-satélite también ha contribuido a una mayor participación y pluralidad en la información. Las diferentes cadenas televisivas se abonaron a uno o varios satélites, a través de ellos obtenían las noticias generales, aquellas que eran difundidas por las agencias de todo el mundo y que completaban con imágenes obtenidas por los corresponsales de la propia cadena, profesionales especializados preferentemente en hacer sondeos de opinión, en captar situaciones a pie de calle o en exponer personalmente ante la cámara la situación actual de Bagdad y las conexiones en directo con la televisión de Al-Yazzira.

Contrario a lo que sucedía en 1991, la cadena árabe contaba con mayores posibilidades de expandir sus hondas más allá de los territorios árabes, un motivo añadido para que las fuerzas aliadas, conscientes del peligro que esto significaba, bombardearan sus instalaciones. Indiscutiblemente, la televisión ha sido uno de los instrumentos bélicos más preciados en este conflicto; Iraq y Estados Unidos estaban convencidos de su enorme poder. Las diferentes procedencias de las imágenes que cada televisión difundía era una prueba de esa pluralidad antes señalada y de la que careció el primer conflicto del Golfo. Esta es, tal vez, la gran diferencia entre uno y otro enfrentamiento; la percepción que podíamos tener en esta segunda ocasión ha sido mucho más rica y variada, y nuestra opinión se ha formado bajo un mayor conocimiento.

La guerra de 2003 ha sido más poliédrica en sus informaciones televisivas. Se ha producido un proceso de pluralización en el que corresponsales de otros países han podido difundir sus impresiones y sus puntos de vista personales; si bien es cierto que los profesionales del periodismo internacional estaban concentrados en el hotel El-Rachid, un territorio neutral al que permanecían en todo momento unidos umbilicalmente y que limitaba la libertad para captar con sus cámaras imágenes insólitas más allá de cien metros. La televisión no ha desaprovechado ni un segundo de su valioso tiempo para hacer propaganda y desmoralizar al enemigo, y no ha dudado en modificar la información o, al menos, en ocultar parte de ella cuando lo consideró oportuno. De acuerdo con el artículo de opinión firmado por M. Vázquez Montalbán, "La ley del silencio", la televisión omite en la guerra de 1991 todo signo de muerte, víctimas, asesinatos y tragedias. De nuevo, y en vista de los buenos resultados obtenidos en el primer conflicto, en 2003 se vuelve a difundir la idea de una guerra tecnológicamente tan avanzada que la precisión con la que se elegían y destruían los blancos era prácticamente infalible y, por tanto, las víctimas civiles eran muy escasas. Los rehenes nunca mueren. Desaparecen. A pesar de la pluralidad informativa existe un férreo control sobre este aspecto y los vencedores sólo reconocen 81 soldados muertos en la contienda y 8 desaparecidos; las bajas del Reino Unido son de 30 muertos. Mientras, el gobierno iraquí habla de 1.252 civiles muertos por las tropas de los Estados Unidos y 5.103 heridos civiles. Para occidente, la muerte es virtual (Baudrillard, 1991, p.15), pero la ausencia de sangre es tan alarmante que nos produce la sensación de estar participando en un juego por ordenador.

Exaltar el espíritu patriótico era otro de los objetivos televisivos: los símbolos épicos y bélicos estuvieron siempre presentes, explícita o implícitamente; el objetivo que se pretendía era el de conseguir empatizar con el telespectador para reforzar una postura unitaria de la Opinión Pública. Las imágenes de ayuda humanitaria difundieron una ética incuestionable de los aliados que contrastaba con la ostentación de las residencias de Sadam y sus descendientes. Se alardeó de una conducta basada sobre la honestidad y la moral cristiana de los invasores; el vencedor ayuda al pueblo vencido, primero arrojan y posteriormente lanzan fármacos desde paracaídas. Es decir, una vez que producen la herida, tratan de paliar el dolor.

Pero esta manipulación traspasó los límites de la ética al falsear noticias o imágenes que sensibilizaron a la población mundial. Recordemos a los periodistas de la CNN con sus máscaras antigás ante una inminente invasión con armas químicas que nunca llegó a producirse, o los prisioneros drogados y arrepentidos. Signos que vienen a confirmar las razones de la prostitución audiovisual de esta guerra. Con la misma intención que en los casos anteriores, en 1991 pudimos ver a los moribundos cormoranes que revoloteaban por las orillas cubiertas de "fuel" como consecuencias de la invasión de Sadam Hussein en Kuwait y que, sin embargo, correspondían a imágenes procedentes de desastres ecológicos ajenos a la actividad bélica del Golfo. En el conflicto de 2003, se ha atentado al patrimonio como no se había hecho anteriormente en ninguna guerra. Este ha sido el signo de sensibilización frente al de las aves cubiertas de petróleo. Bombardeos a monumentos, bibliotecas, robos de tablillas impresas de escritura cuneiforme por parte de los soldados norteamericanos (altos mandos), que posteriormente mostrarían los trofeos de guerra al llegar a su país, han sido algunos de los tributos que ha tenido que pagar la humanidad.

Sadam utilizó la televisión del mismo modo que lo hicieron los norteamericanos: paseó las cámaras sobre las ruinas de la fábrica de leche bombardeada por los aviones de combate del ejército yankee; permitió que le grabaran en los instantes que se disponía a acariciar niños o cuando visitaba a los heridos de guerra. La televisión actuó con pasividad asombrosa, dejando que la realidad fuese manipulada mediante la fragmentación y la elipsis, eliminando la autenticidad de unas acciones que a nadie iba a gustar. Tanto un bando como el otro, hicieron un uso completamente radical de la televisión, y "absolutamente cínico" (Baudrillard, 1991, p.45). La propaganda y la manipulación han sido las intenciones que motivaron las televisiones de ambos bandos, en ningún momento encontramos imágenes objetivas, ni siquiera los amplios planos generales de los bombardeos a la ciudad de Bagdad; todo tiene un valor interpretativo, y la estrategia televisiva de mostrar sin reflexionar nos lleva al planteamiento moral del conformismo internacional ante hechos que todos condenamos. ¿Qué actitud deberíamos adoptar ante hechos como estos? ¿Grabamos a los heridos y retransmitimos los bombardeos sin intervenir, o nos olvidamos de la cámara y evitamos o, al menos, contribuimos a salvar vidas humanas? Si así fuese, no habría información, pero a lo mejor, y puedo parecer iluso, si todos apretáramos el interruptor y apagásemos el televisor, la guerra dejaría de tener sentido. Es necesario hacer una huelga voyeurística y rechazar radicalmente el consumo de imágenes electrónicas de esta guerra y de otras que, desgraciadamente, están por venir, para no ser cómplices pasivos de un hecho que todos rechazamos, que nadie aprueba pero que todos permitimos cuando nos sentamos ante el televisor y consumimos los residuos calamitosos de una intensa jornada donde la destrucción, el dolor y la muerte son los únicos protagonistas.

Para concluir, me gustaría señalar que las retransmisiones bélicas que se han producido en los últimos doce años carecen de una evolución significativa en su tratamiento visual; la planificación apenas ha sufrido cambios sustanciales que merezcan ser resaltados. Cuando se habla de un gran avance, podemos hacerlo en cuanto a la innegable presencia que el medio televisivo ha tenido en el conflicto de 2003. Es de justicia reconocer que la guerra de Iraq ha sido seguida por las cámaras día a día, minuto a minuto, y que los avances tecnológicos que se han producido a lo largo de estos doce años, “telefonía móvil, satélites y ordenadores portátiles”, han sido las grandes aportaciones que diferencian las retransmisiones de uno y otro conflicto.

Bibliografía

Pérez Royo, J. y otros (1991): *Así se contó la guerra. Televisión y espectáculo informativo*, Sevilla, Canal sur, TV.

Baudrillard, J. (1991): *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona, Anagrama.

Resumen:

Tras el II conflicto bélico transcurrido en el Golfo Pérsico, puede contrastarse las diferencias existentes en el tratamiento audiovisual que tuvieron ambos acontecimientos. Tras analizar los contenidos y las imágenes que difundieron la mayoría de las cadenas de televisión de todo el mundo, se puede hablar de cambios sustanciales en los medios de producción, en las estrategias persuasivas y en la manipulación de la opinión pública, y no tanto en lo que respecta a la fragmentación y concepción audiovisual.